

CAPITULO IV.

Casamiento.—Harem de los sultanes.—Contratos matrimoniales.—Ceremonias.—Divorcio y sus causas.

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

Mahoma, al hablar del matrimonio, ha dicho: «*El matrimonio es uno de los actos que yo he practicado; el que no sigue mi ejemplo no es de los míos.*» Siempre que ha tratado de este acto lo ha aconsejado á todos sus sectarios: «*Casad, dice el Korán, á los que aun no lo estén.*» (Surat, *La Luz*, v. 32.)

Al determinar los grados de parentesco que deben prohibir el matrimonio, dice. «*Os está prohibido casaros con vuestras madres, hijas, hermanas, tias, sobrinas, nodrizas, hermanas de leche, suegras y jóvenes confiadas á vuestra tutela y*

procedentes de mujeres con las cuales habeis cohabitado; mas si no habeis cohabitado con ellas no hay crimen en que las tomeis por esposas. Tampoco os caseis con las hijas de los hijos que habeis engendrado, ni con dos hermanas.» (Surat, *Las Mujeres*, v. 27.)

«Os está prohibido, añade, casaros con mujeres casadas, excepto con aquellas que hayan caído en vuestras manos (en la guerra) como esclavas: tal es la voluntad de Dios. Por lo demás, os está permitido procuraros con dinero mujeres (esclavas), que mantendreis en las buenas costumbres.» (Surat, *Las Mujeres*, v. 28.)

«El que no sea bastante rico, continúa, para casarse con mujeres honradas y creyentes, tomará esclavas creyentes. Pero antes obtened el consentimiento de su dueño y dotadlas convenientemente.» (Surat, *Las Mujeres*, v. 29.)

«Si despues de su casamiento cometen el adulterio, se les aplicará la mitad de la pena pronunciada contra las mujeres libres. Esta ley se ha establecido en favor del que teme pecar permaneciendo célibe; pero si os absteneis, esto será más meritorio. Dios es indulgente y misericordioso.» (Surat, *Las Mujeres*, v. 30.)

Mahoma, en su calidad de profeta y pontífice, fué autorizado por Dios, según dijo, para que

tuviese tantas cuantas mujeres quisiese. A este efecto el ángel Gabriel le bajó del cielo el versículo siguiente: «*Oh Profeta, te está permitido casarte con las mujeres que dotes, con las cautivas que Dios ha hecho caer entre tus manos, con las hijas de tus tios y tias que han huido contigo y con toda mujer que haya entregado su alma al Profeta (que se haya entregado al Profeta), si el Profeta quiere casarse con ella. Esta es una prerogativa que te concedemos á tí solo.*» (Surat, *Los Confederados*, v. 49.)

Mahoma, pues, valiéndose de esta autorización, tuvo veintiseis mujeres, quince legítimas y once concubinas: autorizó la poligamia y permitió que cada musulman pudiese tener hasta cuatro mujeres, con la condicion de dotarlas, tratarlas bien y distribuir igualmente su afecto entre todas. «*No tomeis, dice el Korán, de entre las mujeres que os agraden más que dos, tres ó cuatro.*» (Surat, *Las Mujeres*, v. 3.)

Sin embargo de lo que acabamos de exponer, la generalidad de los musulmanes sólo tienen una mujer legítima y tres ó cuatro esclavas ó concubinas.

No sucede así con el sultan, que puede tener tantas cuantas quiera, como lo verificó Muley Ismael, que tuvo hasta 8.000.

Cuando se oye hablar de un serrallo de 600 ó 700 mujeres, nadie quiere creer que semejante escándalo exista en nuestros días; y, sin embargo, nada más cierto; pero no siempre son los caprichos del soberano los encargados de poblar el harem, sino que también los cálculos políticos entran por mucho. Sucede á menudo que una familia poderosa se revela contra la autoridad del sultán. Si éste no cree oportuno someterla por medio de las armas, pide al padre una de sus hijas en matrimonio, apoyando sus proposiciones con ricos regalos. Por lo regular, la rebelión es desarmada por la vanidad y ambición, y la jóven, llena de orgullo, va á habitar la casa imperial y á compartir con las otras mujeres las raras caricias del esposo común. Mas tan pronto como la nueva sultana ha dado á luz á un hijo del monarca, un divorcio casi seguro la devuelve á su familia, á quien lleva un pequeño scherif, es decir, un nuevo heredero del trono. Por medio de este tráfico, el partido del emperador, aumenta en personas, que además de aumentar su fortuna con el parentesco imperial, trabajan por llevar un día á uno de los suyos al poder supremo. Países enteros como el Tafielt se hallan poblados de herederos dinásticos que esperan á su vez el momento, que

nunca llega para todos, de tiranizar á sus súbditos.

Los que se casan no conocen ni la cara ni las cualidades de su futura, á no ser por referencia; mas si la union se hace siendo aun muy jóvenes, no es extraño que se conozcan, porque no cubriéndose la cara las niñas hasta los diez ó doce años, y casándose á los quince ó diez y seis (1), el espacio de tiempo que media entre estas dos edades, no opera en las facciones un cambio radical.

Con corta diferencia, las ceremonias y contratos celebrados en los casamientos son los mismos entre todas las familias musulmanas de Marruecos; en todas ellas se ajustan con el padre de la novia el precio que debe entregarle como dote, que consiste en dinero, ganado, etc., añadiendo algunos regalos para la misma. Una vez arreglado, se extiende la escritura de contrato, en la cual casi siempre se estipula que el marido no tendrá más mujeres legítimas, siendo nulo el contrato en caso contrario y perdiendo el marido todos sus derechos sobre la mujer y el precio que entregó por ella.

(1) Los musulmanes, por regla general, ni cuentan ni saben la edad que tienen, y marcan la época de su nacimiento por algun acontecimiento notable.

Entre los habitantes de las ciudades, una vez que ambas partes están conformes en todo, se fija el plazo que nunca excede de un año. Un mes antes de terminar este plazo se hace la ceremonia llamada *hedda*, regalo, que se reduce á enviar á casa de la novia, al son de la música, telas, tapices y grandes provisiones de miel, manteca y trigo, añadiendo á esto, los que pueden, algunos esclavos. Los siete últimos dias de este mes se emplean en grandes fiestas. Todas las amigas y convidadas visten lujosos trajes, y al son de las panderetas, *aguals* (1) y *tbel* (2), cantan y bailan alegremente, advirtiendo que jamás se ve en aquellas reuniones ni un solo hombre, pues estos á su vez celebran la boda en caso del novio.

Al anochecer del séptimo dia se hace la entrega de la mujer á su marido, cuya ceremonia consiste en reunirse en casa de éste todos sus amigos y convidados, para ir despues á buscar á la novia, que es conducida en una especie de litera, *ammaria*, que envuelven y adornan con telas finas de diferentes colores y que colocan

(1) Tubo de barro cocido, cubierto por un lado con un pergamino, al que dan continuamente con la extremidad de los dedos, produciendo un sonido sordo semejante al del *tbel*.

(2) Tamboril.

sobre una mula ó caballo, que conduce un hombre á pié.

Todos los concurrentes llevan faroles encendidos, y los jóvenes amigos del novio corren delante del cortejo, dando gritos de entusiasmo y descargando sus espingardas despues de hacer mil evoluciones. La pólvora se les distribuye en casa del novio, y cuando se les acaba vuelven á proveerse de nuevo.

Al llegar la procesion á casa del esposo, bajan la *ammaria* y la acercan á la puerta, que se abre en aquel momento, y sin que los hombres se aperciban, una esclava recibe en sus espaldas á la recién casada y la lleva á la habitacion que la está destinada; en este momento, tanto dentro como fuera de la casa, la algazara y el entusiasmo son indescriptibles.

Una gran parte de la noche la pasa la novia con su madre, y á la madrugada es entregada á su marido; un instante despues se oye en el interior de la casa un *yu-yu* prolongado, pronunciado por una mujer, al que contesta en la calle una fuerte descarga de espingardas, dirigida generalmente á la fachada de la casa, dejando en ella impresas las señales de la pólvora en prueba de haberse consumado el matrimonio.

La *ammaria* permanece por espacio de siete

días en casa de los recién casados, después de cuyo tiempo la vuelven á llevar al depósito, pues pertenece á la municipalidad. Hasta este día en que tiene lugar la ceremonia del *Jhezam*, faja, ceñidor, permanece la mujer en el lecho rodeada de sus mejores amigas; dicha ceremonia consiste en que un niño de seis á siete años la ciñe por primera vez la faja que se habia quitado el día que se casó.

La cama queda cubierta después por espacio de siete días con telas de seda ó lana á manera de pabellón.

En algunas localidades, cuando uno desea casarse, envia á la casa, tienda ó choza del padre de la jóven á uno de sus parientes ó amigos para tratar con él del precio y demás condiciones; una vez esto arreglado, se otorga la escritura y se fija el día, en el cual se reúnen todos los convidados y se dirigen acompañando al novio en busca del padre de su futura; éste sale á su encuentro y le presenta á su hija, que le espera con la cara descubierta y á la que ve por primera vez. Durante este tiempo, los jóvenes convidados no cesan de descargar sus fusiles, y un momento después sale la novia completamente envuelta en el *jhaic*, y montando en una mula, que también conduce un hombre á pié, se dirige

á su nueva morada al son de la música y al ruido de las descargas.

En otros, despues de estipulado el precio de la mujer, el pretendiente puede desde luego frecuentar la casa de su futura. Al vencer el plazo señalado, los novios se pasean por la aldea ó pueblo, dirigiéndose despues á su nueva casa, no escaseando tampoco durante este paseo el ruido de la pólvora.

Por regla general, en casi todas las bodas, grandes ó pequeñas, antes de separarse se procede á la *ghrama*; ésta consiste en que todos los convidados depositan en un paño blanco, extendido en el suelo, cierta cantidad de dinero, que despues emplea el dueño de la casa en pagar á los músicos é indemnizarse de una buena parte de los gastos de la boda.

Al tratar del divorcio, *tlak*, dice el Korán: «*Si dos esposos se separan, Dios los colmará de bienes.*» (Surat, *Las Mujeres*, v. 129.) El Profeta, para remediar un mal ó más bien para obedecer á una pasión ó á un capricho, ha abierto el camino á mil males; la mujer que deja la casa de su marido vuelve á depender de sus padres ó parientes, abandonándose con frecuencia al desorden; y los hijos á quienes la ley asegura un medio de subsistencia, se ven completamente

descuidados. Esta inestabilidad del matrimonio hace que la mujer musulmana contenga los sentimientos nobles y generosos que deben adornar á la esposa y á la madre de familia.

Se anula, pues, el matrimonio cuando de comun acuerdo los esposos se devuelven las cartas matrimoniales delante del *Adul*, el cual extiende otras de divorcio, quedando desde aquel momento los dos esposos libres para poder contraer nuevo matrimonio.

La mujer puede pedir el divorcio en los casos siguientes:

Cuando el marido olvida, aunque momentáneamente, los deberes del matrimonio.

Cuando sin motivo ninguno sea maltratada por su marido de palabra ú obra y tenga testigos.

Cuando el marido no atiende á las necesidades de su casa.

Y, finalmente, cuando no teniendo noticias de él, despues de algun viaje, hayan pasado dos años y no cuente con medios de subsistencia.

En todos estos casos, el kadí concede el divorcio siempre y cuando se presenten todas las pruebas. En cuanto al hombre, el más insignificante pretexto le basta para pedir el divorcio.

«Los que hacen voto de abstenerse de sus muje-

res, dice el Korán, *tendrán un plazo de cuatro meses para reflexionar antes de separarse de ellas incosideradamente.*» (Surat, *La Vaca*, v. 226.)

«*Las mujeres repudiadas dejarán trascurrir tres menstruos antes de contraer nuevo enlace.*» (Surat, *Las Mujeres*, v. 228.)

Si durante este tiempo observan que están embarazadas, el Profeta aconseja á los maridos que las vuelvan á tomar.

«*Si un marido repudia á su mujer tres veces, no le está permitido volverla á tomar sino despues que se haya casado con otro y que éste la haya repudiado á su vez.*» (Surat, *La Vaca*, v. 230.)

«*Las madres repudiadas darán de mamar á sus hijos durante dos años completos, si el padre del niño así lo quiere. El padre del niño está obligado de atender al alimento y vestido de la mujer de una manera honrada.*» (Surat, *La Vaca*, v. 233.)

Y finalmente: «*Si los que mueren dejan mujeres, estas deben esperar cuatro meses y diez dias, pasados los cuales no sereis responsables del modo con que dispongan honradamente de si mismas.*» (Surat, *La Vaca*, v. 234.)

CAPITULO V.

Nacimientos.—Ceremonias del séptimo día.—Infancia é instrucción.—Enseñanza en la Universidad de Fez.— Grados literarios.

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

Muy poco se puede decir con respecto al nacimiento entre los musulmanes, sólo que durante el parto, la comadre y personas que asisten á él cantan en coro algunas oraciones, en las que piden á Dios, á Meriam (Virgen María) y al Profeta saquen con bien de aquel paso á la paciente.

El séptimo día despues del parto, se reunen todos los parientes y amigos de la familia, y al son de la música discuten sobre el nombre que se ha de dar al recién nacido; una vez que todos están de acuerdo, degüellan en la puerta de la

calle ó en el patio de la casa uno ó varios carneros ó cabras, segun la fortuna de cada uno. El carnicero que hace esta operacion recita al mismo tiempo que la ejecuta una pequeña oracion y el nombre que se ha dado á la criatura. Las personas ricas suelen enviar á las prisiones algunos carneros, cuya carne se distribuye entre los detenidos en las mismas.

Cuando la parida no está de gravedad, el séptimo dia se levanta y va al baño, sucediendo casi siempre que por seguir aquellas raras costumbres, la mayor parte de las mujeres padecen horriblemente; por regla general, son pocas las que al volver del baño no necesitan que las sostengan durante el camino, acostándolas en seguida que llegan á sus casas por estar desfallecidas y no poderse sostener.

Todas las personas que con este motivo van á darles la enhorabuena, son obsequiadas con té ó café, bizcochos, pan, miel, manteca y frutas secas.

Las madres crían á sus hijos, y cuando salen los llevan á la espalda sujetos con un gran lienzo y cubiertas con el *jhaic*.

Entre los árabes y kabilas, desde la más tierna edad, los niños muestran una vivacidad sorprendente, resultado sin duda de su naturaleza

medio salvaje. Se crían sin grandes cuidados, y apenas dejan de mamar, se les ve rodar desnudos entre toda clase de animales domésticos; de este modo están siempre expuestos á la intemperie y al rigor de las estaciones, siendo sus primeras impresiones, como es de suponer, los combates, saqueos, venganzas, etc.

A los tres años poco más empiezan á ir los niños á las escuelas, ceremonia que los estudiantes desean se repita á menudo, pues en primer lugar tienen un día de vacacion, y en segundo porque por pobre que sea el nuevo alumno, los que le acompañan llevan una espuerta llena de dátiles, pasas, almendras y bizcochos, que se distribuyen entre todos, siendo este día una gran fiesta para los escolares. El niño es llevado en brazos, acompañado de los parientes más cercanos y amigos de los padres. Generalmente, durante el trayecto se le cubre la cara con un pañuelo de seda ó cosa equivalente, á fin de que no pueda ver ningun burro, en cuyo caso, dicen, nunca seria buen estudiante.

En Marruecos la instruccion se halla en el más completo abandono. Las escuelas están por lo regular establecidas en las inmediaciones de las mezquitas: en ellas se enseña únicamente á leer y escribir los versículos del Korán, que los dis-

cíbulos escriben en unas tablas bien pulimentadas, de unas diez pulgadas de largo por siete de ancho. Todas las mañanas recitan de memoria su contenido, lavándolas en seguida y pasándolas cierta piedra, llamada *sensal*, especie de arcilla que, al secarse, las deja blancas, teniendo mucho cuidado, so pena de recibir algunos latigazos en la planta de los piés, de no borrar las dos últimas palabras del escrito.

Estas últimas palabras sirven de punto de partida al *fehí*, profesor, para continuar el dictado, advirtiéndole que dicho *fehí* no tiene delante ningún libro y que ha de atender á las numerosas preguntas que sucesivamente le dirigen todos los alumnos.

A pesar de tener cada uno de ellos diferente lección, á todos atiende con sólo repetirle la última palabra.

Para escribir ni emplean las plumas (*klam*) de ave ni de acero; se valen de ciertas cañas, que preparan al efecto, en cuya extremidad hacen una hendidura, recortándolas cada uno á su gusto.

La tinta, *smaž*, es una composición de asta y lana quemadas, que tiene la propiedad, no sólo de ser muy negra, sino que además se borra fácilmente con agua.

Tan pronto como los jóvenes saben leer y escribir, ó continúan estudiando el Korán para seguir la carrera de *tolba*, letrados, ó vuelven al seno de su familia para tomar parte en sus trabajos ó dedicarse á algun oficio. Como se ve por estos apuntes, pocos son los recuerdos que han conservado de la civilización y esplendor de sus antepasados. Si bien los primeros árabes, encerrándose en los límites del Korán y de la tradición, rechazaron las ciencias como inútiles y peligrosas hasta el extremo de quemar la famosa biblioteca de Alejandría (1), compuesta, según se cree, de setecientos mil tomos; sus sucesores, y especialmente los abasidas, favorecieron el desarrollo de las letras y de las ciencias. Almanzor, Harun-al-Raschid instituyeron sociedades de traductores, y los colegios se multiplicaron entre los árabes.

Cufa y Basora tuvieron academias literarias en donde las personas instruidas se reunían para leer sus escritos. Se fundaron escuelas cé-

(1) Al tomar la ciudad de Alejandría, después de un sitio de catorce meses, Amrú, lugarteniente del califa Omar, envió á preguntar á éste lo que debía hacer de todos aquellos libros; la respuesta fué la siguiente: «Si esos libros contienen lo que ya está en el Korán, son inútiles, y si son contrarios al libro de Dios son peligrosos; por lo tanto, que se quemen.» La tradición añade que Amrú hizo calentar por espacio de seis meses con aquella biblioteca los cuatro mil baños de Alejandría.

lebres en Bagdad, Alejandría, Córdoba, Granada, Sevilla y Valencia, y se crearon ricas bibliotecas en el Cairo, en Fez y en Córdoba.

En la Universidad de Fez, llamada *Dar-el-Elm*, casa de la ciencia, tan célebre en otro tiempo, lo único que hoy se enseña en ella son la Gramática, los elementos de Geometría, la Cosmografía, la Poesía, una especie de Retórica y de Metafísica, un poco de Astronomía, de Física y algunas manipulaciones alquímicas. En cuanto á la Geografía, la Anatomía y la Historia natural están excluidas del plan de estudios. Asimismo se explican en ella las tradiciones musulmanas, se comenta el Korán y se desenvuelven los principios de la Jurisprudencia civil y religiosa. En resúmen: la Teología musulmana, única base del derecho y de las leyes, es toda la ciencia de los sabios de Marruecos.

La Historia está reducida á la tradicion y á cuentos fabulosos; de modo que en Marruecos ignoran completamente la historia de las demás naciones, y sólo tienen para los que desean estudiar algo en esta materia, poesías compuestas en su mayor parte por los *tolbas* ó aficionados. Desconocen completamente la imprenta, y los pocos libros que poseen son manuscritos; así es que allí no hay publicaciones de ningun género.

La Universidad de Fez sólo puede conferir los tres grados literarios siguientes: 1.º, el de Taleb, es decir, letrado, erudito; 2.º, el de feki, doctor; y 3.º y último, el de Alem ó Ulema, el más sabio de todos.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

CAPÍTULO VI.

Urbanidad entre los musulmanes. —Hospitalidad. — El Cuzcuz.

Los musulmanes en su trato particular son afectuosos entre sí, saludándose con mucho interés siempre que se encuentran.

Los amigos se abrazan; los conocidos se dan la mano llevando en seguida cada cual la suya al pecho y besándola despues.

Cuando la persona á quien se saluda merece respeto, el inferior, despues de hacerle una gran reverencia, le besa la mano ó un trozo del *jhaic*, si está de pié; si está sentada, el turbante, y si está á caballo, la rodilla.

Cuando un inferior á caballo encuentra en su camino á un hombre de consideracion, se baja á cierta distancia y va á besarle la rodilla.

En presencia de ancianos ó superiores, los jóvenes se guardarán muy bien de pronunciar palabras licenciosas y aun evitarán completamente toda conversacion sobre las mujeres. Respeto y obediencia hácia los ancianos, es una ley observada rigurosamente por los musulmanes.

El hijo ni debe sentarse ni tomar la palabra, ni fumar delante de su padre.

Las personas de distincion, y sobre todo los *mrabet*, jamás se permiten la distraccion de fumar.

Siempre que se penetra en cualquier sitio sagrado, se quitan las babuchas, y lo mismo se hace en toda habitacion que esté alfombrada ó esterada.

Tampoco se pasará delante de una reunion de hombres, sin que se les dirija con voz grave y solemne el saludo sacramental «*Essalam alicum*,» la salutacion (de Dios) sobre vosotros; á lo cual se responde: «*Ua alicum essalam*,» y sobre vosotros la salutacion.

Jamás pasará el musulman por delante de alguno que esté trabajando sin decirle: «*Al-lah iaunec*» Dios te ayude.

Del mismo modo nunca empezará un trabajo cualquiera, ni tomará ningun alimento, sin que

antes invoque el nombre de Dios, diciendo: «*Besme-l-lah*» en el nombre de Dios.

La eructacion está permitida; y aquel de quien proviene dice con mucha calma: «*El jham du-lil-lah*» gracias á Dios.

Si alguno estornuda, los presentes dicen: «*Nedchac el-lah*» Dios te salve.

Siempre que un hombre tiene que presentarse bajo cualquier pretexto en un sitio donde hay mujeres, avisa antes, á fin de que éstas tengan tiempo de retirarse ó cubrirse.

Todo musulman debe afeitarse la cabeza por lo ménos una vez á la semana.

Nadie puede escupir en los lugares destinados á la oracion, ni tampoco en los destinados á la habitacion.

Si por cualquier cosa hay que nombrar la palabra cinco, toda persona bien educada debe decir: «*Iddec*» tu mano.

Quando uno tiene que pronunciar alguna palabra inconveniente ó que suene mal en los oídos de los circunstantes, el que la dice, añade en seguida: «*Jhaschac*» con tu perdon.

Los musulmanes no satisfacen de pié la necesidad natural que la tolerancia europea permite en aquella posicion; para ello se acercan á una pared y se ponen en cuclillas.

Para comer siempre se sirven de la mano derecha y nunca de la izquierda.

Toda persona bien educada ha de lavarse siempre la mano derecha, antes y después de comer; y está muy mal visto soplar la comida para enfriarla, y lo mismo el observarse los unos á los otros durante la misma; así como beber de pié debiendo hacerlo sentado.

El que recibe en su casa á una persona de cierto rango, no debe comer con ellas, y su obligación es procurar que á su huésped no le falte nada.

Todo mahometano está obligado á ejercer la hospitalidad; pero donde se practica con más caridad y sin ninguna ostentacion es entre los árabes de la tienda. Este habitante del desierto, que roba sin escrúpulo la propiedad ajena, en su tienda es un huésped generoso. Un poeta árabe decia: «Cuando el forastero viene á pedirme asilo, se cree trasportado al fértil valle de Teba. La madre de familia reducida á la miseria, establece su morada entre las cuerdas de mi tienda; allí, cubierta de andrajos, se parece al camello consagrado á la memoria de algún difunto y atado cerca de su tumba. Cuando los vientos del invierno se combaten en la llanura, los huérfanos encuentran en mi mesa un ali-

mento abundante... Entre nosotros siempre ha habido hombres generosos que se complacen en esparcir los beneficios y que miran las acciones nobles y generosas como la sola recompensa digna de su ambicion.»

Cuando un extraño á caballo ó á pié se presenta delante de un *Duar*, debe detenerse á cierta distancia y pronunciar en alta voz las palabras sacramentales de *Dif-robbi*, huésped del Señor. Inútil creemos decir que el efecto que estas dos palabras producen es magnético, pues cualquiera que sea su condicion, se precipitan á su encuentro, le ayudan á bajar si va á caballo, y despues de hacer callar á los innumerables perros que ladran á su llegada, le introducen en la tienda y le sirven por de pronto leche y alguna fruta, mientras se prepara el *theam*, comida, que generalmente es el cuzcuz, *secsu*.

El dueño de la tienda está obligado á acompañar á su huésped todo el tiempo que éste permanezca en ella, y sólo se separa de él cuando va á descansar. Jamás se permite preguntarle quién es, de dónde viene, ni á dónde va; no habiendo nunca sucedido ninguna desgracia al que de este modo recibe la hospitalidad, aunque sea un enemigo mortal.

Al dia siguiente y á la hora de partida, le de-

vuelven su caballería, de la que no ha tenido que ocuparse ni un solo momento desde su llegada, y se pone en marcha, deseándole todos un feliz viaje.

Antes de terminar, daremos á nuestros lectores una ligera reseña de lo que es el famoso plato de los musulmanes llamado *cuzcuz*. Este consiste en una masa suelta, formada con harina, agua y sal, que redondean en el fondo de un gran barreño, viniendo á quedar en granitos más ó ménos grandes; despues de hecha esta operacion, se pone todo en una especie de puchero, *quescas*, de boca ancha, cuyo fondo está lleno de agujeritos; este *quescas* se coloca sobre una olla ó marmita, en la que hay carne, aves, verdura, huevos, etc., segun los medios de cada uno; así puesto, recibe el vapor y cuece. Una vez cocidos los glóbulos de este modo, los echan en una fuente, los humedecen con manteca, caldo ó leche, y en el centro ponen el contenido de la marmita.

Este manjar lo comen á puñados; y como todos los musulmanes llevan las barbas largas, y al comer con los dedos se desprende en ellas una buena cantidad de cuzcuz; no es extraño verles pasar la mano llena de grasa por la barba y dejar caer todo su contenido otra vez en el

mismo plato, sin que esto cause á nadie el menor asco y ni les impida continuar comiendo.

Es cosa muy sabida que todos los marroquíes, sin excepcion, desde el emperador hasta el más pobre, comen con los dedos y sentados en el suelo, no sirviéndose nunca de cuchillo ni de tenedor para partir la carne, pan y demás. Todos comen en el mismo plato, lavándose siempre la mano derecha antes y despues de haber comido; mas cuando hay que partir alguna vianda, uno hace la señal y todos tiran por su lado, al mismo tiempo, comiéndose cada uno el trozo que haya podido arrancar. El pan lo parten á pellizcos, y sólo se sirven de la cuchara cuando hay caldo.

CAPÍTULO VII.

Principales espectáculos.—Diversiones.—Cafés.—Baños públicos.

I.

En Marruecos ni hay teatros, ni plazas de toros; y los únicos espectáculos que allí se conocen se ejecutan al aire libre, en las calles y plazas, siendo los principales los que dan los saltimbanquis, cantores, cantadores de cuentos y bailarines.

En las fiestas de familia, entre los hombres, toda la orquesta se compone generalmente de cuatro ó cinco músicos, de los que uno toca una guitarra, otro un violín, que por regla general sólo tiene dos cuerdas, otro una pandereta, el cuarto un *agual*, y si hay alguno más un *tbel*.

Entre las mujeres hay comparsas, compues-

tas de quince ó veinte, consistiendo todos sus instrumentos músicos en panderetas, *aguals* y *tbel*; algunas se dedican exclusivamente á bailar y otras á cantar.

Sus bailes consisten casi siempre en girar lentamente sobre sí mismas, é inclinándose ya hácia adelante, ya hácia atrás, de una manera singular, imprimen á sus caderas un movimiento casi lascivo. En sus manos suelen tener un pañuelo de seda ó un velo blanco, que de cuando en cuando hacen dar vueltas sobre su cabeza.

En cuanto á la música, están tan atrasados los marroquíes como en todo, no conociendo ni siquiera las primeras notas; así es que el mejor músico entre ellos, no es el que toca bien un instrumento, sino el que sabe mayor número de canciones.

Las corridas de pólvora ó fantasías se ejecutan en las llanuras, en los dias de gran solemnidad y páscuas, ó en honor de algun alto personaje á quien se quiere obsequiar; consisten en reunirse los jefes y personas principales, y montados en magníficos caballos, lucir su destreza proverbial en los ejercicios de equitacion. Se dividen en grupos, emprénden la carrera, y simulando un ataque, exhalan gritos de guerra

haciendo girar sus espingardas sobre sus cabezas y descargándolas despues en el suelo, sin que al hacer todas estas evoluciones detengan sus caballos.

La perspectiva en algunos parajes es admirable, y sobre todo cuando se dirige la vista á las alturas inmediatas cubiertas de hombres y mujeres envueltos en sus *jhaics*, cuya blancura resalta sobre el terreno semejante á montañas cubiertas de nieve.

Cuando estas corridas son en obsequio de alguna persona, se dividen tambien en grupos, y lanzando sus caballos con toda velocidad al encuentro de la misma, hacen las citadas evoluciones y descargan sus armas, siendo lo más admirable el modo con que dan la media vuelta siempre al galope, para volver sobre sus pasos y cargar de nuevo, á fin de repetir la misma operacion.

En todas estas fiestas, así como en todas las ceremonias públicas, las mujeres que las presencian pronuncian por intervalos el *yú, yú*, que segun hemos dicho es un grito de alegría entre ellas.

Además de lo que acabamos de apuntar, los marroquíes son muy aficionados al juego de ajedrez y de las damas, así como al de la pelota,

que se verifica siempre en las llanuras, y se reduce á echarla al aire y darla con el pié. En muchos pueblos de las costas se há introducido ya el juego de los naipes.

Los cafés ó casas de los *kahewadchis*, cafeteros, se componen ordinariamente de una habitacion más ó menos espaciosa, en la que no hay más muebles que unas esteras y algun banco lleno de grasa, y cubierto con pedazos de alfombra, viejos. En un rincon está situada la hornilla y expuestos todos los útiles del servicio, cafeteras, tazas y demás, incluso un cubo de agua, que fué clara, pero que se podia confundir con el mismo café; en este cubo el *kahewadchi* enjuga la taza que ha servido y que vuelve á llenar para otro parroquiano. En dichos establecimientos se ve siempre una multitud de musulmanes sentados en el suelo con las piernas cruzadas, con la taza de café delante y la pipa, *sepsi*, en la boca; dormitando los unos, bebiendo los otros, y todos casi narcotizados por el *quif* (1). De este modo permanecen dias enteros, sorbiendo una

(1) El *quif*, mal llamado ópio por algunos viajeros, es una planta parecida á la del cáñamo; sus hojas verdes, bien picadas, las fuman en unas pipas de barro del tamaño de un dedal; y los granos de esta planta, tambien verdes, los trituran y toman con agua. Tanto las hojas picadas, llamadas el *quif*, como los granos triturados, denominados el *jeheschisch*, ocasionan el aletargamiento, y á veces, con el abuso ¡la imbecilidad!

sola taza de café, inmóviles, mudos, sin mirar ni pensar en nada, envueltos en sus *dchilabas* ó *jhaics*, pareciendo más bien estatuas que hombres.

II.

Los establecimientos de baños, llamados *Jhamams*, forman generalmente un cuadrado más ó ménos perfecto, cubierto por bóvedas semi-esféricas; puertas bajas y macizas y umbral triste y solitario.

Al entrar en una casa de baños, se aspira desde luego un ambiente tívio y voluptuoso; la primera habitación que se encuentra es una sala en cuya extremidad está sentado el dueño del establecimiento, inmóvil y silencioso, hasta que la llegada de algún bañista le hace salir de sus meditaciones; recibe en calidad de depósito las alhajas, dinero y ropa de cada uno de los concurrentes, de cuyos objetos es responsable. Dicho salon da entrada á unas habitaciones, en las que hay entarimados con colchones ó alfombras, que sirven de descanso á los bañistas, y sobre las cuales se acuestan al salir del baño.

Después de entregar al depositario ropa y demás efectos, y quedar completamente desnudo, uno ó dos dependientes de la casa se apoderan

de él y lo introducen á través de oscuros pasillos hasta la primera sala de baño. Sin el auxilio de los guías, casi todos se estrellarian contra los mármoles del pavimento, pues á causa del jabon y uso continuo, están extremadamente resbaladizos. Debemos hacer notar tambien la elevada temperatura del piso; tanto es así, que en algunos baños llevan para no quemarse los piés una especie de sandalias de madera sujetas con cuerdas ó correas.

Apenas se halla uno en el interior de este horno de vapor, se siente sofocado y sin poder respirar: inmediatamente empieza á sudar por todos los poros. En este momento cualquiera de los bañistas más inmediatos, ó bien el dependiente conductor, mediante una pequeña gratificación, se apodera de él, le tiende en el suelo, cuyo calor al principio es insoportable, pero poco á poco se acostumbra á él. Entonces la mano del dependiente recorre todo el cuerpo del *paciente*, oprimiendo ligeramente la piel, con objeto de ablandar los tejidos; y despues de esto, empieza á estrujarle y comprimirle hasta que en todo el cuerpo no deja una sola articulación sana. Todas estas operaciones las ejecuta cantando en tono lento y lastimero, sacudiendo sin cesar sobre el cuerpo del bañista fuertes

palmas con la mano que le queda libre, produciendo un ruido sonoro que se confunde con los quejidos, canciones y palmas de los demás que apenas si se distinguen por el espeso vapor que les rodea.

Tampoco escasea el agua caliente que continuamente le están echando por todo el cuerpo. Para terminar, le dan una última fricción con jabón, echándole por la cabeza algunos cubos de agua casi hirviendo, y pasándole á otra pieza menos caliente, de la que sale algunos momentos despues, envuelto en un *jhaic*, y dirigiéndose en seguida á la sala de descanso, en donde acaba de vestirse. Despues de tomar uno de estos baños, el cuerpo experimenta un bienestar indecible.

Tanto los hombres como las mujeres, frecuentan estos baños por lo ménos una vez á la semana.

Los *jhammams* están destinados por la mañana, hasta la una, á los hombres, y desde esta hora hasta la puesta del sol, á las mujeres.

En los baños es donde únicamente las mujeres gozan de entera libertad; allí se reúnen con sus amigas, critican y forman mil proyectos ofensivos y defensivos contra la tiranía de sus maridos.

CAPÍTULO VIII.

Medicina.—Médicos más célebres entre los árabes.—Estado actual de la medicina en Marruecos.—Principales remedios curativos.

Los conocimientos de los árabes en todas las ciencias, han sido considerables. Cuando en Europa se hallaba completamente descuidado el estudio de las letras y las ciencias, los califas árabes, principalmente los Abbasidas, lo fomentaron, llamando á su lado y protegiendo á los sabios de todos los pueblos sometidos á su dominación. Les hicieron traducir del griego y del latín las obras más notables, formaron grandes bibliotecas, y abrieron escuelas públicas en donde se reunían los hombres más instruidos para leer y comentar los libros de Aristóteles, Hipó-

crates, Galeno, Eúclides, Arquímedes y otros.

Bajo la dominacion de los Abbasidas, la proteccion dispensada por los soberanos á todos los ramos del saber, desterraron la ignorancia y estupidéz de los primeros sucesores de Mahoma, y, como dijimos en otro lugar, nació aquel brillante período de la civilizacion árabe en que tanto se escribió sobre todas las ciencias y artes, y se formó su literatura, que es una de las más ricas.

No siendo nuestro propósito tratar aquí del gran desarrollo que adquirieron entre los árabes todas ellas, nos concretaremos, por ahora, á tratar solo del arte de curar.

Sabido es que durante cerca de seis siglos, la medicina en Europa fué tomada de la doctrina de los árabes; y que la primera escuela de medicina que existió, fué la de Córdoba, fundada en el siglo x por Abderrahman III.

Los árabes se dedicaron muy poco al estudio de la anatomía y cirugía; pero esto no es de extrañar, si consideramos que las disecciones están prohibidas, porque segun las creencias musulmanas, el alma no sale del cuerpo despues de la muerte, sino que espera en él más ó ménos tiempo, hasta que el ángel Azrael la lleva ante el Supremo Juez.

Hecha esta indicacion sobre el gran inconveniente que tenian los árabes para el progreso de la medicina, cuyo progreso estaba íntimamente ligado con el de las demás ciencias, habríamos de detenernos á exponer más ó ménos sucintamente el estado de esta ciencia en su mayor apogeo entre los árabes. Mas como quiera que este asunto nos llevaria á otro terreno que no es de la índole de estos apuntes, tenemos que abandonarlo, por más que nos sea sensible, y limitarnos á dar algunas biografías de los médicos más célebres.

Geber: nació en Sevilla á últimos del siglo vii. Este médico es considerado como uno de los primeros reformadores de la química, habiéndose distinguido sobre todo como alquimista. Escribió diferentes libros, en los que trata de la naturaleza, purificacion, fusion y maleabilidad de los metales; propiedad de las sales y aguas fuertes. Como astrónomo, corrigió algunos errores en el *Almageste* (Almanaque) de Tolomeo, y escribió una exposicion de su sistema. Entre las muchas obras que este sabio publicó, citaremos las de:

De Invenienda arte auri et argenti.

De Summa perfectionis magistrii in sua natura.

De Lapide Philosophico, y otras.

Serapion: Este médico se dedicó más que ninguno al estudio de las plantas y de todo lo concerniente á la farmacia, y publicó á fines del siglo ix una obra, cuyos elementos tomó de 79 autores diferentes.

Alkindi, que vivió á principios del siglo x, pasa por ser el inventor de los *trociscos*. Pretendia explicar y aun determinar la virtud de los remedios por medio de la aritmética y de la mímica. Su obra, titulada *De Medicinarum compositarum gradibus investigandis libellus*, ha sido reimpressa diferentes veces.

Abu-Becar Mojammed: conocido más bien por *Rasis* ó *Rhazes*, era hijo de un comerciante de la ciudad de Rei, en Persia. Despues de haber estudiado, en la célebre escuela de Bagdad, la filosofía y la medicina, pasó al Cairo, y de allí á Córdoba. Sus vastos conocimientos le valieron la direccion del gran hospital de Bagdad.

Abu-Becar Mojammed se dedicó con preferencia al estudio de la naturaleza y á la astronomía. Escribió diez libros, *Libri continentes*, seis de aforismos, y algunas memorias. Ni su obra sobre las enfermedades de los niños, ni su tratado titulado *De pestilentia*, ni ningun otro de sus escritos, tuvo el éxito que su libro sobre las fiebres y enfermedades contagiosas. Este médico

prescribía las ventosas en la apoplejía, el agua fría como bebida en las fiebres continuas, las sangrías en el sarampion y viruelas, purgaba mucho en la lepra, y, finalmente, se oponía ó todos los remedios cálidos en la pleuresía.

Citaremos uno de sus experimentos verificado diferentes veces en Egipto y en Bagdad, y repetido en Córdoba. Pasando un dia por una de las calles de esta ciudad, se acercó á un grupo de gentes que se habia formado alrededor de un hombre que acababa de caer muerto. Despues de haberle examinado detenidamente envió á buscar unas varas, que distribuyó entre todos los espectadores, rogándoles diesen con ellas sobre todas las partes del cuerpo del cadáver, principalmente en la planta de los piés. No habia transcurrido un cuarto de hora en aquel ejercicio, cuando todos observaron que el moribundo se movia y volvia en sí.

Abu-Ali Al-Husain, ben Ali, ben-sina: conocido bajo el nombre de *Avicenna*, nació en Bokarra por los años de 980. Desde su más tierna juventud se dedicó al estudio de la filosofía y de las matemáticas. A la edad de diez y seis años conocia ya la mayor parte de los escritos científicos, mereciendo por su talento que el Sultán Kabus le nombrase su bibliotecario. Entonces se

dedicó al estudio de la medicina, y escribió algunas obras que se publicaron en 1484 bajo el título de *Opera omnia*.

Mesué. Este médico era hijo de un boticario de Nisabur, en Persia. Al terminar ventajosamente sus estudios de medicina, fué encargado del hospital de su pueblo, pasando algunos años despues á Bagdad, donde tuvo muchos discípulos. El califa Harun-al-Raschid le protegió y distinguió mucho. Tal fué la influencia que Mesué ejerció sobre el príncipe Almamun, hijo de dicho califa, que á su advenimiento al trono, convocó un gran número de sabios y les hizo traducir al árabe las obras más notables escritas en otras lenguas: Mesué se encargó de los autores griegos.

Abu-Meron Avenzoar, Abhomeron Abinzoar ó Aben Zohr: son los nombres con que se conoce este médico, que floreció á fines del siglo xi. Se estableció en Sevilla, y allí se dedicó al ejercicio de su arte. Consideró siempre la operacion de la piedra como indecente, y por tanto contraria á los principios de su religion.

Este médico descubrió varias enfermedades desconocidas hasta entonces, y escribió una obra, titulada: *Liber theisir*.

Abu-el-Valid Mojammed-ben-Rosch ó Aben

Roes, Averroes: nació en Córdoba, y floreció á mediados del siglo XII. Se dedicó al estudio de las leyes, de las matemáticas y de la medicina, y con especialidad al de la filosofía y doctrinas de Aristóteles, y se hizo célebre por sus escritos y vastos conocimientos. Sus obras tuvieron mucha reputacion, habiendo sido reimpresas diferentes veces las siguientes:

De Venenis liber.

De Theriaca fractatus.

De Febribus liber.

De simplicibus medecinis.

La irreligiosidad y ningunas creencias de Averroes, fueron causa de que varios concilios prohibiesen á los cristianos la lectura de sus obras.

Abu-el-Casem Schaf-ben-el Abbas Alzaharavi, conocido generalmente por Albucasis, vivió en el siglo XII. Escribió algunas obras, entre ellas una titulada: *Al Tasrif*, y un tratado sobre la cirugía.

Este médico es considerado como el más eminente de los cirujanos árabes. Fué el único que ha dado la descripción y enseñó el uso de los instrumentos quirúrgicos.

Aben-Bitar Abd-Allah ben Ajhmed Abul Feda, conocido más bien por Beitarides, nació en Má-

laga en el siglo XII. Se dedicó con especialidad al estudio de las plantas; visitó el Africa, el Asia y la India, y logró á su llegada al Cairo entrar al servicio de Saladino. A la muerte de este soberano, en 1193, Beitarides fué nombrado primer visir del Sultan de Damasco, Malec-Al-Kamel. Entre sus obras se citan como más notables la titulada *Mofredato Tabbi*. Escribió mucho sobre las plantas, así como sobre los animales, de los que da á conocer su carácter y enfermedades. Casi todas las obras de este célebre autor fueron traducidas al siriaco para uso de los médicos judíos.

Cosa extraña; nadie creará que en vista de una pléyade tan numerosa de famosos médicos, cuyas obras han sido consultadas durante mucho tiempo por los médicos europeos, sean hoy casi ignoradas, y, por lo que se refiere á Marruecos, podemos decir que lo son completamente.

Así que, sin ningun guia científico, sin ninguna noción verdaderamente cierta sobre las difíciles ciencias médicas, dicho se está que el arte de curar en este país se halla actualmente en el estado más rudimentario, como vamos á indicar ligeramente.

La naturaleza es el principal médico de los

marroquíes: no obstante, tienen grande fe en los amuletos, que al decir de los *tolba*, colocándolos encima de la parte enferma, deben infaliblemente curarla. Este es el remedio más universalmente empleado en casi todas sus enfermedades.

Los amuletos consisten en algunos versículos del Korán, que encierran en un saquito de paño ó piel, siendo raro el musulman que no lleve encima alguno.

Tambien acostumbran á colgárselos á sus caballos, camellos, mulas, etc., á fin de librarlos del mal de ojo. Además de esto, los principales remedios curativos que emplean, son: el hierro candente, las ventosas, las sanguijuelas y sangrías.

Para las enfermedades de los ojos, emplean con especialidad las sangrías en la nuca ó en las pantorrillas.

El oficio de cirujanos y dentistas lo ejercen los barberos y algunos charlatanes.

La amputacion de un miembro cualquiera consiste en separarle de un solo tajo ó buscar la coyuntura con el instrumento cortante, que ordinariamente es una gumia ó un cuchillo, haciendo sufrir horriblemente al paciente. En uno y otro caso introducen inmediatamente el tronco

en pez hirviendo, con objeto de detener la sangre que corre en abundancia. Muy pocos son los que sobreviven despues de aplicarles tan enérgico remedio ó castigo.

A los enfermos no les sujetan generalmente á ningun régimen, y mucho ménos á los de alguna gravedad, suministrándoles todo cuanto desean, pues dicen *«que lo que está escrito está escrito. ¿A qué privarlos de una cosa que les causa placer si deben morir?»*



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

CAPITULO IX.

Muerte, entierro y cêremonias que se practican.

Nadie hay en el mundo que vea aproximarse su fin con más tranquilidad que el musulman. Cuando ya empiezan á faltarle las fuerzas, hace que le vuelvan hácia la *Kebla*, direccion de la Meca, y recomendándose á la proteccion de *Allah* y *Mojammed rasul-Allah*, Dios y Mahoma su Profeta, exhala su último suspiro.

Las ceremonias observadas en los entierros entre los musulmanes son casi las mismas para ambos sexos. Desde el momento en que una persona ha espirado, se la cierran los ojos, empezando todos los de la familia á exhalar gritos y lamentaciones, acompañándolos en ellas muchas mujeres de la vecindad, oyéndose sin cesar

las palabras de *á huili, huili*, desgracia, desgracia.

El entierro tiene lugar generalmente el mismo día, si muere al amanecer, y al siguiente si en la noche. Los lamentos continúan todo el día ó toda la noche, durante cuyo tiempo, algunos llaman á los *tolba*, que recitan en coro algunos pasajes del Korán.

Las abluciones observadas en esta circunstancia se hacen de este modo: se procede desde luego á las abluciones ordinarias, solo que no tocan ni á la nariz, ni á la boca; en seguida lavan todo el cuerpo con agua caliente y jabon, y una infusion de plantas aromáticas y esencias.

La mortaja de un pobre consiste en una pieza de tela de algodón; en cuanto á la del rico, se compone de telas preciosas.

El color blanco y verde son los que generalmente emplean en aquellas tristes ceremonias. El cuerpo amortajado es colocado en un ataúd, si así lo dejó dispuesto el difunto antes de su muerte, ó su familia lo desea; pero esto no es la generalidad, pues regularmente lo conducen en una camilla, de las que todas las mezquitas poseen cierto número, cubriéndola con telas más ó menos buenas, ó con la bandera de alguna *zauya*.

Acompañan el cortejo fúnebre un gran núme-

ro de pobres, y los amigos y parientes del finado, los cuales en filas de cuatro ó cinco en fondo cantan en tono lúgubre la profesion de fe, *no hay más Dios, sino Dios y Mahoma, su Profeta.*

Los entierros van precedidos por caballerías cargadas de pan, higos, dátiles, pasas, y algun dinero que se distribuyen entre todos los pobres; del mismo que alguna res, que degüellan sobre la sepultura, como sacrificio expiatorio por los pecados veniales del difunto.

Al llegar al cementerio, que generalmente está lleno de palmeras, higueras, laureles y otros árboles, todo el cortejo se forma alrededor de la sepultura, en la que colocan el cadáver sobre el lado derecho y mirando hácia la Meca. Uno de los asistentes se encarga de repetirle al oido las respuestas que debe dar á las preguntas que le ha de hacer el ángel de la muerte antes de pasar al Paraiso.

Despues del entierro, se ponen todos en fila, colocándose el que preside el duelo á la cabeza; y acto seguido van pasando delante de él, dirigiéndole algunas palabras de consuelo y haciéndole al mismo tiempo una reverencia.

Las mujeres van despues á visitar la sepultura, en donde continúan sus lamentos, repitiendo esto algunos dias.

Si la persona es rica, envia á las zauiyas y cárceles grandes cantidades de *cuzcuz* y dinero, que se distribuye entre los pobres y presos.

En algunas localidades, despues de hacer al difunto las citadas ceremonias, le llevan sobre una caballería, que conduce un hombre de la brida, y á continuacion marchan los amigos y vecinos del difunto, los unos á caballo y los otros á pié, recitando la referida profesion de fe. Las mujeres van detrás repitiendo las mismas palabras.

En los cementerios de los musulmanes, ni una inscripcion, ni un epitafio, indican el nombre y calidad del difunto, y solo se puede distinguir el sexo á que pertenece la sepultura por unas tablas que introducen á la cabecera y piés, haciendo en esta última, si es mujer, una pequeña hendidura.

Los que mueren peleando contra los infieles, no solo no los lavan, sino que los llevan á la sepultura con la misma ropa que visten, enterando con ellos hasta la tierra que hallan junto al cadáver manchada de sangre, estando persuadidos de que van al cielo tal y como murieron, combatiendo en defensa del Islam.

En todas las *Surats* del Korán en que se trata de guerra contra los infieles, las exhortaciones

terminan siempre con la promesa del paraíso para todos los que sacrifican sus vidas y haciendas, y con la amenaza del infierno á los cobardes y avaros.

«No creais, dice el Korán, que los que han sucumbido combatiendo en la senda de Dios han muerto; viven cerca de Dios, que les distribuye un alimento delicioso. Llenos de alegría á causa de las bondades con que Dios los colma, contemplan con placer á los que siguen sus huellas.» (Surat, La Familia de Imrám, v. 163 y 164.)



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



TERCERA PARTE.

CAPITULO PRIMERO.

Mahoma.—Su nacimiento é infancia.—Revelacion del Angel Gabriel.—Predicaciones.—Conversiones.—Huida de la Meca.—Viaje nocturno.—Peregrinacion de despedida.—Muerte.—Sucesores.—Cisma en el islamismo.

Dos pueblos distintos en origen y costumbres habitaban la Arabia al principio de la Edad Media; los Sabeos y los Ismaelitas; los primeros de costumbres sedentarias, y los segundos errantes por el desierto. A la aparicion de Mahoma, la Arabia se hallaba dividida en tribus gobernadas por jefes llamados Emires. Las religiones principales eran: el sabeismo, el judaismo y el

cristianismo. Sin embargo, el culto más extendido era la idolatría, llegando los árabes hasta los últimos límites del fetichismo. Hubo divinidades particulares á cada tribu y aun á cada familia, siendo el centro de este politeísmo la *Caaba*, templo cuadrangular de la Meca que contenia más de trescientos ídolos, todos diferentes, representando figuras de tigres, de perros, de serpientes, de lagartos y de otros animales inmundos.

La diversidad de religiones era causa de guerras continuas, siendo la más célebre de todas ellas la llamada del *Elefante*, que tuvo lugar algun tiempo antes del nacimiento del Profeta. Abraha, príncipe etiope, reinante en Arabia, emprendió una expedicion contra la Meca, con objeto de demoler su famoso templo.

Segun las tradiciones conservadas religiosamente por los árabes y sancionadas por el Korán, en la Surat, *el Elefante*, Abraha perdió su ejército, atacado por una nube de aves *ababils*, que acudieron de los cuatro puntos del horizonte, lanzando piedras sobre los sitiadores y sembrando la muerte por todas partes. La tradicion añade, que el Elefante blanco que montaba Abraha, al llegar á la vista de la Meca, se puso de rodillas en señal de adoracion.

En esta célebre época conocida en la historia árabe por la *guerra del Elefante*, y en este estado de cosas, vino al mundo Mahoma. Nació en la Meca el 1.º de Abril de 569 (de J. C.), de la tribu de los Koreischitas, tribu poderosa que se había enriquecido en el comercio y hecho importante por ejercer la soberanía de la Meca y estar encargada de la custodia del templo de la Caaba. Descendía esta tribu, según se cree, por línea recta de Ismael, hijo de Abraham, que se había establecido en la Meca y fué el padre de una tribu numerosa que recibió en cierta ocasión el nombre de Koreisch. Su padre se llamaba Abd-Allah, hijo de Abd-el-Motaleb, defensor de la Meca contra Abraha, y su madre Amina, hija de Wahib, de la familia de los Zahritas.

«La noche que nació Mahoma, dice una leyenda, una luz divina salió del seno de su madre é iluminó toda la Arabia: los genios del mal fueron precipitados de las esferas celestes; el fuego sagrado de Zoroastro, alimentado por los magos hacia ya mil años, se apagó de repente, y las torres del palacio del rey de Persia se hundieron con estruendo.» Solo contaba dos meses de edad cuando murió su padre, y á los seis años quedó huérfano, sin más bienes de fortuna que algunos camellos y una esclava. Su educa-